

CENTROS

de colaboración pedagógica

Dificultades que presenta la valoración de hábitos y actitudes

Centro de Colaboración Pedagógica de ARGAMASILLA DE ALBA (Ciudad Real)

Trabajo desarrollado por el maestro nacional de la Escuela Graduada Mixta «Divino Maestro» de Argamasilla de Alba, don Pablo Serrano Serrano, en la reunión celebrada el día 31 de mayo de 1967, bajo la Presidencia del señor Inspector de Zona don Valeriano Pastrana Magariños.

Antes de pasar a analizar las dificultades más comunes que se nos pueden presentar en la valoración de hábitos y actitudes, pondremos de manifiesto algunas nociones y conceptos relativos a la habituación, con el exclusivo propósito de que ello contribuya a que nuestra mente se acomode y adquiera el enfoque adecuado, al mismo tiempo que de nuevo nos familiarizamos con el significado preciso de unas palabras que vamos a manejar con reiteración a lo largo de este trabajo.

Entre las diversas definiciones que se pueden aducir de hábito, recordemos las siguientes:

— Modo de ser creado por el ejercicio repetido de un acto.

— Cualidad permanente (de aquí el nombre de hábito), provocada por la repetición de un mismo acto.

— Segunda naturaleza, capaz de modificar la tendencia innata del temperamento, adquirida por la reiteración de un mismo acto y que origina una disposición y facilidad para obrar de forma constante en un mismo sentido.

Todas estas definiciones y otras más que se aducen, coinciden en unos puntos esenciales:

— En que el hábito propiamente dicho no nace, sino que se hace;

— en que se hace a base de repeticiones;

— en que origina facilidad para obrar.

Todo acto, al realizarlo, nos deja su huella, su traza o esquema, la cual nos facilita su repetición. Esta es la causa de que surja esa disposición, cualidad permanente, segunda naturaleza, o como quiera que lo llamemos, que hace fácil lo difícil, que simplifica lo que por naturaleza es complicado y que hace espontáneo lo que de otra forma exigiría gran concentración de las facultades humanas de todo tipo y, en consecuencia, derroche de energía física y psíquica.

La palabra «hábito» es un término muy amplio bajo cuya extensión podemos colocar todos estos otros términos de significado más limitado y preciso:

— Habilidad y destreza adquiridas de orden físico o psíquico;

— aptitud fomentada que nos capacita especialmente para algo;

— costumbre, facilidad y disposición especial para algo, pero alcanzadas o provocadas;

— actitud o disposición mental con que nos enfrentamos ante un problema y que nos conduce a reaccionar, de forma casi constante, de forma favorable o desfavorable ante una misma situación o circunstancia que se repite. Toda actitud se traduce en una conducta habitual y uniforme.

Decir hábito es también lo mismo que decir virtud y vicio:

— Virtud o tendencia al bien provocadas por buenas obras;

— vicio o inclinación al mal aumentada por la repetición de actos moralmente malos.

De la simple enumeración de estos conceptos se desprende la complejidad del tema de la habituación, las múltiples derivaciones que el mismo puede tener y, sobre todo, lo íntimamente que se relaciona con todas las facetas de la tarea educativa.

Sería pueril pretender exaltar, precisamente ante los educadores primarios, la importancia que tiene el estudio de la habituación, pero si casualmente hubiera alguien que dudara de lo importante que es formar en el niño un núcleo de hábitos clave, bastaría con señalar alguna de las ventajas que los hábitos producen en uno y otro orden:

En el orden físico, los hábitos producen:

— perfección, exactitud y rapidez de movimientos;

— disminución de energía gastada y aumento de resistencia.

En el orden psíquico, los hábitos producen:

— Transformación de los actos conscientes en inconscientes;

— disminución de la fatiga mental;

— aumento de la seguridad y confianza en sí mismo;

— producen satisfacción, placer, optimismo, liberación del espíritu.

Cuanto mayor sea el número de acciones que podamos confiar al automatismo, mayores energías podremos reservar para que se manifieste lo que de más noble hay en el hombre.

Por este motivo la habituación siempre ha informado la labor educativa y ha sido tomada en consideración por los pedagogos de todas las épocas, aunque

no de la forma sistemática y formal como ahora lo pretenden hacer los Cuestionarios Nacionales. Para lograr esto de una forma racional, prescriben unos hábitos concretos en cada uno de los ocho cursos de Enseñanza Primaria.

En honor a la brevedad vamos a prescindir de hacer más disquisiciones especulativas y divisiones más o menos acertadas, y nos vamos a ceñir a la clasificación que nos viene impuesta en los aludidos Cuestionarios Nacionales y con las Pruebas de Promoción enviadas por el CEDODEP.

En estos documentos se alude a tres grupos de hábitos que es necesario inculcar, fomentar y, en consecuencia, valorar.

— El primer grupo comprende los hábitos de tipo manual y comportamientos físicos, clasificados bajo la denominación de «aspecto operativo o destrezas físicas».

— El segundo grupo comprende las destrezas de tipo intelectual, provocadas por una especie de gimnasia mental y que provoca capacidad de observar, de distinguir, de comparar, de asociar, etc., clasificados bajo la denominación de «aspecto mental, hábitos mentales».

— El tercer grupo comprende los hábitos relacionados con la moral y la conducta del alumno a través de distintos aspectos: actitud ante el maestro, ante los superiores, ante los compañeros, ante sus obligaciones, etc. Los hábitos de este grupo se clasifican preferentemente bajo la denominación de «actitudes».

Con el fin de que este trabajo refleje las dificultades reales y más comunes entre nosotros, recogiendo una acertada sugerencia de nuestro Inspector de Zona don Valeriano Pastrana, hecha en la anterior reunión de este Centro de Colaboración, se ha confeccionado una encuesta, que ha sido contestada por todos los componentes del centro, cosa que quiero hacer resaltar, pues una vez más ha quedado de manifiesto el espíritu de trabajo y de colaboración que a todos nos anima.

Al trazar en esta encuesta un esquema para que de forma ordenada fueran surgiendo las posibles dificultades, lo primero que se presentó a nuestra consideración fue la dificultad de precisar con exactitud el grupo o núcleo de hábitos que se consideran como esenciales o básicos.

Podría parecer que esto ya se nos da resuelto en los Cuestionarios Nacionales al señalar un grupo concreto de hábitos para cada curso, pero ¿no convendría prescindir de algún aspecto o de algunos de los hábitos señalados, con el fin de simplificar la labor evaluativa? Y, por el contrario, ¿no falta ningún hábito o aspecto esencial?

La opinión general es que dentro del grupo operativo y del mental, los hábitos señalados oficialmente se consideran suficientes, pero no ocurre lo mismo en el aspecto social y moral (1).

(1) Véase a este respecto el artículo de Consuelo Sánchez Buchón sobre «Inserción de ejercicios sobre hábitos operativos mentales y sociales». *Vida Escolar*, núms. 39-94; páginas 38 y 39, apartado 5.º

De hecho, numerosos hábitos de este grupo están prescritos por los Cuestionarios Nacionales para el primer curso al tratar de la Educación Cívica y Social. Luego, si es necesario inculcar y desarrollar estos hábitos en el primer curso, también será necesario evaluarlos para coocer los resultados conseguidos.

Por otra parte, los hábitos evaluados en un curso, ¿ya no han de seguir evaluándose en cursos sucesivos? El aseo, por ejemplo, que se evalúa en primero, ¿ya no debe observarse y evaluarse en segundo curso ni en los siguientes? ¿Lograremos que durante un curso un hábito se arraigue de tal forma que ya no sea necesario insistir sobre él en los cursos siguientes? Incluso, en el caso de haber arraigado, ¿no podrá sufrirse una regresión en un momento dado por alguna circunstancia extraña? (2).

Todo esto nos mueve a creer que el número de hábitos que se deben fomentar y valorar debe ir aumentando progresivamente, de forma que cada curso sea comprensivo de los hábitos del anterior o, al menos, de los más esenciales. El cuadro podría quedar formado así:

HABITOS MORALES Y SOCIALES

(Del primero al cuarto cursos)

PRESCRITOS	{	Aseo personal y de los útiles Cortesía elemental.	
AÑADIDOS	{	Puntualidad. Obediencia. Veracidad. Respeto a la propiedad ajena	1.º
PRESCRITOS	{	Corrección frente a los demás. Disciplina al hablar.	
AÑADIDOS	{	Camaradería. Recato.	2.º
PRESCRITOS	{	Cumplimiento de las reglas del juego. Señales y circulación de peatones.	
AÑADIDOS	{	Lealtad. Cordialidad.	3.º
PRESCRITOS	{	Regularidad en realizar los trabajos. Señales de circulación en general. Disciplina en saber escuchar.	
AÑADIDOS	{	Espíritu de colaboración. Ahorro. Responsabilidad.	4.º

Este cuadro es comprensivo de los hábitos esenciales de los cuatro primeros cursos, figurando, por una

(2) Véase el apartado 6.º del artículo de *Vida Escolar* antes citado.

parte, los prescritos oficialmente y, por otra, los que, según nuestro criterio, se pueden añadir dentro de este aspecto socio-moral, ya que están señalados en los respectivos cursos dentro de la disciplina de Educación Cívica y Social.

Por otra parte, no será necesario advertir que este cuadro trata de ser sólo una sugerencia susceptible, por lo tanto, de modificaciones.

Si pretendemos tratar la habituación de forma algo ambiciosa, y no rutinariamente, o, para salir del paso, sea como sea, con lo que precede será suficiente para darnos cuenta de que el solo hecho de precisar el campo al que conviene circunscribir nuestras observaciones, encierra dificultades nada fáciles de resolver y que, en todo caso, debemos tratar de resolver entre todos.

¿Qué dificultades de tipo general encuentran los educadores en la evaluación de los hábitos?

Una, y no pequeña, está constituida por la propia naturaleza del mismo hecho que debemos evaluar: el hábito. El hábito es de naturaleza complicada; está influido por múltiples factores, lo que hace poco menos que imposible abarcar todas sus facetas, y, en consecuencia, no se puede contar con una norma matemática que lo mida o lo valore.

No podemos decir: «Tantos actos de esta naturaleza producen el hábito tal», ya que el número de actos necesario para que un hábito nazca y se arraigue depende de las dificultades que el sujeto encuentre; de los incentivos que se le ofrezcan al obrar; de la intensidad con que se ejecuten los actos personales; de sus predisposiciones innatas o temperamentales, que favorecerán o se opondrán al arraigo del hábito; de las circunstancias ambientales, etc.

Tampoco podemos asegurar, por desconocer la intimidad del sujeto, que unos actos que se consideran y se tienen como característicos de un hábito sean, en realidad, expresión fiel de ese hábito. Cabe la simulación.

Lo único que se puede hacer concreta y lealmente es registrar unos actos con la suficiente continuidad para presumir con algún fundamento que contamos con la manifestación de un hábito, pero no con la medida del mismo, puesto que, en sentido estricto, el hábito es inconmensurable. En realidad, no tratamos de medir, sino de evaluar; el concepto de evaluación es más amplio que el de medida. En la evaluación no sólo se tienen en cuenta cantidades, sino, principalmente, cualidades, valores y quién es capaz de confeccionar una escala de los múltiples valores que pueden influir en el hábito.

No contamos con medida de hábitos; en realidad, hay tantas medidas como mensesores, pues en definitiva es necesario hacer una síntesis de los valores, y esto es cuestión de apreciación personal, aunque al efectuarla se tomen medidas para que influya lo menos posible la subjetividad, procurando unificar criterios, tendiendo a que las diferencias de apreciación sean lo más reducidas posibles.

No es menor la dificultad que supone la falta de tiempo. Tenemos, en primer lugar, que el niño, durante la mayor parte del día, está fuera de la influencia y

del control del educador, y, en segundo lugar, cuando está bajo su influencia directa, son muchas las cosas que sin salirnos del campo pedagógico reclaman la atención del educador, quien se ve solicitado por muchos problemas.

Otra dificultad de tipo general e íntimamente relacionada con la falta de tiempo es el número crecido de hábitos que se deben observar y lo íntimamente entrelazados que están con todas las tareas escolares y extraescolares del niño, sin posible aislamiento de las mismas para concentrarlos en unos momentos determinados y exclusivos para la habituación. Esta circunstancia hace que el problema de la habituación exija una concentración y una capacidad de observación nada común.

Estas dificultades de tipo general se ven aumentadas cuando se trata de valorar el aspecto operativo extraescolar y, sobre todo, el aspecto socio-moral, pues ello requiere un conocimiento profundo del alma infantil, una profunda preparación en psicología general y especial.

A la vista de estas dificultades señaladas, entre las muchas que indudablemente deben existir todavía sin señalar para nosotros, ¿cuál debe ser el método más adecuado para lograr una valoración lo más fiel posible de los hábitos?

Sin duda alguna, el método más adecuado sería la aplicación de escalas y «tests» científicamente elaborados y específicos para cada uno de los hábitos, en los que estuvieran previstas todas las dificultades y resueltas de antemano, pero ya hemos dicho que no contamos con tales medios, pues, aunque existen algunos intentos de este tipo, como las escalas de desenvolvimientos de Walther, no está al alcance de la escuela primaria su aplicación, por requerir un material costoso y complicado.

Los «tests» que más a nuestro alcance están son los de inteligencia general y los de conocimientos, pero éstos no tienen aplicación posible en el caso que nos ocupa en este momento, al igual que ocurre con las escalas conocidas de escritura y dibujo, que, de tener alguna aplicación en el campo de las destrezas manuales, son muy limitadas, ya que sólo valoran el producto, pero no el proceso.

Algunas facetas del campo de la habituación mental podrían valorarse con los diversos «tests» elaborados para conocer el perfil mental del niño.

Si con cualquiera de los diversos «tests» de atención conocidos averiguamos el coeficiente de atención de un niño al principio del curso y al finalizarlo, y se advierte un aumento del mismo coeficiente, no será vana presunción atribuir este progreso al ejercicio de la observación durante el curso: se habrá puesto de manifiesto de una forma claramente cuantificable el desarrollo del hábito de observación en el niño, objeto de nuestras observaciones.

Lo mismo se puede hacer con la aplicación de los «tests» de asociación, con los de discriminación, con los de razonamiento y con las pruebas de percepción, medios con los que podríamos cuantificar los progresos y destrezas adquiridos en las respectivas activida-

des mentales: capacidad de asociar, de distinguir, de razonar, de percibir, etc.

A excepción de estos tests mencionados anteriormente, cuya utilidad es muy limitada en el campo de la habituación, como ya se ha dicho, el método por excelencia para la valoración de los hábitos y, por otra parte, el que más está a nuestro alcance, es el de la observación sistemática. Este método es aplicable a toda clase de hábitos, sobre todo si la observación personal es completada con las observaciones de los familiares e incluso, en algunos casos, con las de los propios compañeros del escolar, mediante encuestas y sociogramas.

No obstante ser la observación el método más a nuestro alcance y más eficaz para la valoración de los hábitos, es necesario prevenirse contra su mayor inconveniente: la subjetividad, en la que es muy fácil caer, incluso en el caso de estar prevenidos contra ella. Precisamente este es el mayor peligro de la subjetividad: que es inconsciente y de buena fe la mayoría de las veces; sin darnos cuenta, podemos sobrevalorar lo que para nosotros constituye un mayor valor, y, por el contrario, minusvaloraríamos lo que para nosotros constituya un valor menor. Ya se ha dicho que es muy difícil hacer una escala objetiva de valores.

¿Cómo aminorar los efectos de la subjetividad en la observación?

Un medio puede ser el contraste de las propias observaciones con las efectuadas por otros observadores. Tanto mayor será el valor objetivo de una observación cuanto mayor sea el número y la preparación de los observadores que intervienen en su elaboración. En consecuencia, se impone una labor de equipo: equipo de educadores y, a ser posible, también que intervengan los padres y los propios niños en algunas ocasiones.

Otro medio de objetivar nuestras observaciones puede ser el fraccionar el hábito, descomponerlo en sus principales rasgos, que se valoran por separado para deducir una observación media, que es la que debe pasar al registro o ficha general de observaciones, como calificación del hábito propuesto.

Pongamos un ejemplo: tratemos de observar el hábito de los hábitos señalados oficialmente entre los sociales: «el aseo». Este hábito lo podemos descomponer en los siguientes rasgos:

- Limpieza de la cara.
- Limpieza de la cabeza.
- Limpieza de manos.
- Limpieza de piernas.
- Limpieza del vestido.
- Limpieza de cuaderno, libros y demás útiles.
- Limpieza de la mesa y zona o espacio de influencia.

Como sería materialmente imposible valorar diariamente todos estos rasgos, lo que se hace es fijarse cada día en uno de ellos solamente, en uno distinto en cada día de la semana. De esta forma, al cabo del mes, al cabo del trimestre, contaremos con un elevado número de observaciones en cada uno de los

distintos rasgos del mismo hábito. Entonces sí que tendremos una garantía de que esta observación no es monofacética o unilateral, sino que, por el contrario, será ordenada según un plan metódico, será sistemática, completa dentro de lo que cabe y objetiva.

Aunque no exenta de posibles errores, siempre será más fiable que una calificación precipitada, otorgada posiblemente bajo la influencia perniciosa o unilateral de un momento, de unas circunstancias singulares.

Sin embargo, el llevar a la práctica de esta forma la observación de cada uno de los hábitos supondría un trabajo más que considerable. Por este motivo dudamos que merezca la pena hacer una evaluación tan escrupulosa, dada la escasa repercusión que la calificación de los hábitos tiene, según las Pruebas de Promoción, en que el niño promocione o no de curso. A la hora de la verdad, el niño promociona fundamentalmente según el nivel alcanzado en sus conocimientos, principalmente en los instrumentales. Así, pues, consideramos fundamentalísimo el tratar de inculcar y desarrollar los hábitos de una forma completa, ordenada y sistemática; pero ¿debe ser motivo de inquietante preocupación el valorar los hábitos de forma exhaustiva? ¿Sería económico este trabajo aun dentro del campo pedagógico? Modestamente creemos que no, pues lo mejor puede ser enemigo de lo simplemente bueno.

¿Cómo debemos calificar las observaciones de los hábitos: cualitativa o cuantitativamente? Es más completa, tiene mayor significado, una calificación cualitativa; pero, al tener que integrar los resultados obtenidos en la calificación total obtenida en las restantes materias, se impone el buscar una equivalencia cuantitativa o numérica a las calificaciones cualitativas obtenidas.

En las Pruebas de Promoción enviadas en cursos pasados por el CEDODEP se nos da una norma a seguir: en cada uno de los tres grupos de hábitos se pueden conceder hasta cinco puntos como nota máxima. En consecuencia, en nuestras apreciaciones sobre los hábitos se puede establecer una escala de cinco grados que adquiere dos denominaciones: cualitativa la una, y cuantitativa o numérica, la otra, dándose una mútua correspondencia o convertibilidad según puede verse a continuación:



ESCALAS		
Cualitativa		Cuantitativa
Muy deficiente	o Mal	Uno = 1
Deficiente	o Regular	Dos = 2
Bueno	o Aceptable	Tres = 3
Superior	o Bien	Cuatro = 4
Excelente	o Muy bien	Cinco = 5

En algunos hábitos posiblemente será más conveniente utilizar esta otra escala de cuatro grados:

Raramente	= 0 Cero
A menudo	= 2 Dos
Siempre	= 4 Cuatro

Se puede utilizar cualquiera de estas escalas según las preferencias personales de cada uno

No consideramos oportuno exponer la forma de confeccionar las fichas de observación y de registrar en ellas los datos obtenidos en las observaciones, pues alargaríamos demasiado el trabajo, y quien quiera puede fácilmente verlo expuesto de forma magistral en el número 78-79 de VIDA ESCOLAR, que todos tenemos a nuestro alcance, por lo que, sin abusar más de la benevolencia de ustedes, damos por concluida esta exposición, que no ha pretendido dar soluciones, sino, a lo sumo, hacer unas sugerencias con la mejor de las intenciones, con el fin de que, al evaluar los hábitos, estemos prevenidos contra las dificultades que se nos presentarán, y no vernos sorprendidos al enfrentarnos con este problema.

CONCLUSIONES

1.ª La habituación debe ser considerada como tarea fundamental e instrumento imprescindible de la educación. Esta no se puede concebir sin una preocupación especial por inculcar buenos hábitos.

2.ª No es fácil precisar y determinar los hábitos que se deben tratar en cada curso. Todos los propuestos en el cuadro, incluido este trabajo se consideran fundamentales.

3.ª Como medio para inculcar los hábitos se considera fundamental e imprescindible la ejemplaridad del educador.

4.ª Son ciertas las dificultades señaladas y que, de hecho, se presentan en la evaluación de los hábitos (complejidad, variabilidad, intimidad del hábito, falta de reglas precisas y positivamente científicas de medida, falta de tiempo y alicientes de materiales, difusión de la habituación en toda la actividad infantil, subjetividad de la observación personal, etc.), pero, dada la escasa repercusión que la puntuación obtenida en habituación tiene en la promoción del niño, no deben preocuparnos demasiado los posibles errores sufridos de buena fe al valorar los hábitos.

5.ª El método más a nuestro alcance y más eficaz para evaluar los hábitos será la observación continuada, racional y metódica, registrada con asiduidad y contrastada en lo posible con otras opiniones.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

CONSUELO SÁNCHEZ BUCHÓN: «El tratamiento formal de la habituación». *Vida Escolar*, núms. 63-64, pág. 25.

ALVARO BUJ GIMENO: «Orientaciones didácticas para niveles de hábitos y destrezas». *Vida Escolar*, núm. 67, pág. 10.

«Cuestionarios Nacionales de Enseñanza Primaria». *Vida Escolar*, núms. 70-71.

JULIO FÚSTER: «Evaluación de destrezas, hábitos y actitudes». *Vida Escolar*, núms. 78-79, pág. 30.

VICTORINO ARROYO DEL CASTILLO: «La educación cívica y social y su estimación en cada curso escolar». *Vida Escolar*, números 78-79, pág. 34.

AGUSTÍN ESCOLANO: «Sobre la evaluación de los hábitos». *Magisterio Español*, núm. 95, pág. 2.

ROSA MARÍN CABRERO y JOSÉ FERNÁNDEZ HUERTA: «Podemos evaluar los hábitos». *Revista Española de Pedagogía*, número 69, pág. 71.